

**Respuesta a Raúl Escalona Abella / La fábula de los apóstoles:
necropoder y sacrificio en el discurso reaccionario cubano**

Michel Mendoza

Incubadora ediciones

En un texto publicado en *La Tizza* el pasado 9 de marzo, y que se titula "La fábula de los apóstoles: necropoder y sacrificio en el discurso reaccionario cubano", Raúl Escalona Abella, con lenguaje airado intenta llevar a cabo una denuncia furibunda de los enemigos de la Revolución. Lo curioso de su aproximación, amonestadora y correctiva y, hay que decirlo, pseudopoética hasta el kitsch, es su persistente carencia de seriedad teórica. Dejando de lado, entre otras cosas, la alegre invención de un "Frente" reaccionario, apostólico, anexionista y contrarrevolucionario, y las numerosas negligencias de estilo, me referiré de momento al uso festinado del concepto de "necropolítica" en que incurre el ensayista. Curioso que en un texto tan extenso, tan abultado de citas y acusaciones generalizadas, se cometa un abuso tan indolente y ornamental del término. Y dado que, según

dice, su "crítica a los que usan el término "necropolítica" para caracterizar la política cubana no está solo en mostrar la imprecisión y desfachatez de su uso, sino en revelar la comprensión reaccionaria de la Revolución que reproducen", me veo obligado a señalar algunos aspectos de su propia imprecisión y desfachatez. Me explico, pues, para evitar confusiones y no rizar el rizo, ya bastante rococó, de ese ensayo de Escalona.

Y acá va mi primera y (ligerísima) corrección: el concepto de biopolítica no apareció "esbozado por Michel Foucault desde mediados del siglo pasado", como fantasiosamente afirma en su texto Escalona, sino en el 1976, en *La volonté de savoir*, primero de los (ahora) cuatro tomos de su *Historia de la sexualidad*. La esfera de lo biopolítico remite en esas páginas a la capacidad de ciertas instituciones, dispositivos y tecnologías propios de la modernidad gubernamental de administrar, soberanamente, la vida (el "bíos") de las poblaciones, esto en un arco que va desde el siglo XIX hasta hoy.

Por su parte, Mbembe, pensador foucaultiano y decolonial, en *Necropolitics* (2003) ensayó un análisis, no sólo de "las funciones mortíferas del Estado" en relación a temas raciales, sino que además se propuso desenmascarar las tecnologías de gobierno deshumanizantes, la funcionalidad normativa, los usos sistemáticos y modernos del "terror" de Estado, etc. Inspirado en la teoría sobre biopolítica de Foucault, el filósofo camerunés se propuso en su ensayo una contextualización y actualización del término que fuera útil en el complejo ámbito de las sociedades poscoloniales y del Tercer Mundo, sobre todo las del continente africano. De allí salió, repito, su conceptualización de lo "necropolítico".

Es decir, contrario a lo que cree el ensayista -que al parecer no ha entendido mucho de Mbembe, de Foucault, o de Cuba-, el "necropoder" o la "necropolítica" no son, para nada, patrimonio privilegiado ni del militarismo de Israel frente a Palestina, ni de la industria de la muerte en la Alemania Nazi. Se trata de formas específicas de ejercicio de poder asociadas a las tecnologías y dispositivos de la modernidad gubernamentalidad.

La necropolítica y sus modalidades, para ser pensadas y dichas en Cuba, no tienen que desembocar, por más que lo reclame Escalona, en actos de exterminio masivos como los sucedidos en Europa contra los judíos, o en la Cambodia de los Khmer rojos. Como modalidad y articulación efectiva del poder gubernamental, lo necropolítico no es, en modo alguno, ajeno al funcionamiento de ese capitalismo de Estado que es, según creo, la forma social imperante en Cuba. Escalona, en su ánimo de descalificar como "reaccionaria" toda práctica de disenso que tenga al gobierno cubano como centro, obvia el interesante análisis del "terror revolucionario" marxista que Mbembe coloca, ejemplarmente, casi al inicio de su ensayo (Mbembe, Achille, "Necropolítica" seguido de "Sobre el gobierno privado indirecto", Editorial Melusina, s.l., 2011, pp. 21-23). Parece que en su acercamiento con orejeras a Mbembe, le es imposible admitir que el derecho soberano del Estado de "tomar vidas" tiene, como podría corroborarse con una rápida lectura de "Necropolítica", numerosas formas y dimensiones. De hecho, si el internamiento forzado en campos de trabajo, con fines

correctivos y económicos, de miles de personas -las conocidas UMAP- por ser religiosos, "desviados" u homosexuales en los años sesenta; si la violencia física y simbólica desplegada en los masivos actos de repudio de los ochenta y hasta hoy; si la represión política constante de ciertos sujetos y comunidades y la ilegalización del disenso público y el castigo disciplinario a los disidentes, por poner sólo tres ejemplos, no son parte de ese "terror" articulado contra los civiles desde las máquinas de guerras asociadas al Estado, o si también le parecen "fábulas" al articulista, pues nada que hacer. En ese caso sabremos, frente a hechos ampliamente documentados que, o el articulista miente con carencia absoluta de ética profesional, o pertenece a la secta de aquellos fanáticos que aún creen en la infalibilidad estatal revolucionaria. He ahí el verdadero (y fabulador) apostolado.